

## GRAHAM GREENE

### Los imprecisos límites del decoro

Con todo lo que parece tener de paradójico, la obra más decorosa que hoy se programa en los teatros comerciales madrileños es «El amante compaciente», de Graham Greene. Me refiero, en primer lugar, al decoro literario; pero también podría hablarse del decoro ético, porque en la obra de Graham Greene el consabido problema de alcoba no da pie a que nadie se burle de nadie, sino, por el contrario, a que todo el mundo entienda a todo el mundo.

La óptica del autor es interesante. El planteamiento es, más o menos, el de siempre: muchos años de matrimonio, total desinterés erótico y la llegada de una tercera persona —en este caso un muchacho, enamorado de la mujer— que hace insostenible la rutina familiar. También el tratamiento es, en principio, tradicional: citas, engaños, y un marido que no se entera de nada. Sin embargo, Graham Greene se sale muy pronto de la imagen tradicional del vodevil. Basta que, en lugar de ponerse de parte del público y seleccionar la víctima a costa de la cual divertirse implacablemente, el autor objetive el problema y «defienda» los puntos de vista de cada uno. El marido no es un imbécil; el amante no es un cínico; la mujer no es una sinvergüenza. Lo que presupone la destrucción de las tres trampas o coartadas morales del vodevil y, por consiguiente, la propuesta de un drama familiar totalmente distinto. Los personajes, y esto es lo más interesante de esta tragicomedia, se resisten a asumir tradicionalmente la situación, a ser el «marido», la «esposa» y el «amante», según no importa qué reglas o principios anteriores; se niegan a elegir una de las escenas posibles ya sancionadas por la costumbre, y, por el contrario,

intentan defenderse a partir de su situación real y de lo que no quieren perder.

Si la obra estuviera situada en una sociedad sin divorcio, podría pensarse que era una situación «cerrada», sin salida normal alguna. Tratándose, en cambio, de la sociedad inglesa, parece lógico que el adulterio derive en amistoso divorcio y sucesivo matrimonio. Sin embargo, tampoco es ésta la solución, porque la mujer aparece ligada al marido por el afecto, los hijos y una larga costumbre familiar.

Esta perspectiva no es nueva, ni mucho menos, en el ámbito del teatro inglés. Recordemos, por ejemplo, «Breve encuentro», de Noel Coward, llevada al cine por David Lean. Pero quizá si sea nueva esa resistencia a todo romanticismo o, desde el otro extremo, patriarcalismo definitivos. Graham Greene se niega a matar cualquiera de los dos términos —el individuo o la familia— para que el otro prevalezca. De ahí el drama. Porque tiene razón, y, al mismo tiempo, el final de la comedia no puede ser más amargo.

Que moralistas y pasionalistas den el carpetazo como les acomode. Lo interesante y rico de esta comedia —versión española de José María Pemán, dirección de José María Morera, con Conchita Montes, Fernando Delgado y Vicente Parra en el triángulo— es que Graham Greene no lo da y deja en pie una amarga reflexión sobre una serie de posibles problemas matrimoniales, cuando, en lugar de ser enterrados o puestos entre paréntesis, son asumidos responsablemente. La vieja costumbre contraria, la que sostiene la irresponsabilidad de los actos frente a la magnitud de los principios, daría pie a un voluminoso trabajo sociopolítico sobre la historia occidental. ■ J. M.

madre. Y el poema en que dice: «Por eso debo decirte lo que es horrible saber: dentro de tu gracia nace mi angustia./Eres insustituible. Por eso está condenada/a la soledad la vida que me has dado./Y no quiero ser solo. Tengo un hambre infinita/de amor, del amor de cuerpos sin alma./Porque el alma está en ti, eres tú, pero tú/eres mi madre, y tu amor es mi esclavitud:/he pasado mi infancia esclavo de este sentido/alto, irremediable, de un inmenso deber./Era el único modo para sentir la vida/el único color, la única forma: ahora ha acabado./Sobrevivimos, y es la confusión/de una vida renacida al margen de la razón...». Pero, con ser importante el problema de la relación hijo-madre en «Edipo» —no podía ser menos—, no me parece el principal, ni siquiera en el terreno de la anécdota.

«Edipo» —me resisto a emplear el título español completo, abominable— enlaza, por el contrario, con la obra de Pasolini, que me parece la más apasionante de entre las que conozco. «Uccellacci e ucellini», en cuanto que, como en aquella, la problemática se centra en el problema del conocimiento. Allí un padre y un hijo se encontraban con un cuervo parlanchín, representante del «racionalismo ideoló-

gico, de ahora en adelante sobrepasado por el mensaje de Juan XXIII», según definición del propio Pasolini, con el que discutían sobre todo lo divino y lo humano para acabar... por comérselo. Se trataba de replantearse, a la luz de la crisis del comunismo italiano de los años cincuenta, toda una serie de problemas ante los que se encontraba el intelectual respecto de sí mismo, de la ideología a la que pretendía servir y del pueblo al que pretendía dirigirse, con el que ansiaba comunicar. Y este mismo me parece el problema de Edipo. Su crisis auténtica, fundamental, es de conocimiento. Es la suya una crisis intelectual antes que moral. Su enfrentamiento con Tiresias —es significativo el que la interpretación del personaje se haya encomendado a Julian Beck, alma del «Living Theatre»— es revelador en este sentido, lo mismo que su dificultad para entenderse con un pueblo del que pretende, desde su posición privilegiada, ser el servidor. Los oráculos, mensajeros del «fatum», no le sirven; le interesa no lo que ellos, representantes de la ortodoxia y el dogmatismo, le digan, sino el llegar por vías racionales al descubrimiento de la verdad, basándose en informaciones de primera mano, vengan éstas a tra-



## UNA TEORIA DEL CONOCIMIENTO

### Pasolini, cineasta en crisis permanente

Evidentemente, lo fácil es hablar de Freud al referirse al «Edipo» pasoliniano. Por otra parte, la obsesión existente en casi todos los críticos por referir la obra de Pasolini a su circunstancia personal e íntima facilita la

cuestión. La madre, en efecto, ha sido tema permanente de la obra del poeta-cineasta. Ahí está «Mamma Roma». Y el hecho significativo de que en su discutido «Evangelio» hiciera interpretar el papel de la Virgen a su propia

véis de los protagonistas de su propio pasado o del relato del mensajero, personaje clave del film, que sustituye a la Antígona de Sófocles, se llama «Angelo» y está encarnado por el protagonista joven de «Uccellacci», Ninetto Davoli... Los elementos clásicos del mito quedan en segundo lugar, aunque argumentalmente se respeten. Son mero apoyo, meros puntales de una cultura «digerida» y, en consecuencia, inoperante, sobre los que Pasolini construye su teoría. Teoría que, en un afán de universalidad, y en función de su desconfianza en la caduca cultura occidental, sitúa, para dar mayor trascendencia a las interrogaciones que plantea, en un tercer mundo situado entre el pasado y el futuro, sin presente. El presente sólo aparecerá en el epílogo, en el que Edipo, ciego, apoyándose en el ángel-mensajero-Antígona, recorrerá, perdido, las calles de una ciudad —el nombre no importa— de la Italia septentrional para acabar volviendo al punto de partida, el «verde pasto» en que su vida —en un prólogo situado en los años treinta— tuvo su origen. La crisis permanece. Sin solución a la vista. ■ C. S. F.

## TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TELEX-TEL

● Nueve exiliados cubanos, responsables de atentados en Nueva York, Los Angeles y Miami —el último contra un barco polaco— serán juzgados «por violar la neutralidad norteamericana».

● Los electores griegos que no votaron en el pasado referéndum deberán explicar por carta a la Policía las razones de su abstención, ha manifestado el coronel Pattakos.

● La Asamblea de la Unión de la Europa Occidental (U.E.O.) ha pedido que se instale un «teléfono rojo» entre la O.T.A.N. y el Pacto de Varsovia, para prevenir los peligros de una guerra nuclear.

● «El problema de la democracia socialista se plantea de manera aguda en la U. R. S. S.», ha escrito el periódico italiano «L'Unità», comentando la reciente condena de varios intelectuales.

● La mayor parte de los dirigentes comunistas griegos encarcelados niegan autoridad al comité ejecutivo constituido en el extranjero por el señor Kollyannis.

● «Las fuerzas armadas norteamericanas son las más fuertes ciudades de racismo que hay en la Tierra... son una organización racista», ha declarado en Saigón el comandante de color Lavell Merritt.